

¿ESPECTADORES O ACTORES POTENCIALES?: EL DEBATE SOBRE LOS SISTEMAS DE CREENCIAS POLITICAS DE LOS CIUDADANOS ⁽¹⁾

Por JORGE BENEDICTO

SUMARIO

I. LOS FUNDAMENTOS DEL DEBATE. —II. EL PARADIGMA CLÁSICO: LA DESESTRUCTURACIÓN DEL MUNDO POLÍTICO DE LOS CIUDADANOS: a) *Los niveles de conceptualización ideológica*. b) *La consistencia de las opiniones políticas*. c) *El grado de estabilidad de las opiniones*. —III. REVISIONES Y CRÍTICAS: LA IMPORTANCIA DEL CONTEXTO POLÍTICO. —IV. HACIA UNA CONCEPCIÓN MÁS AMPLIA Y FLEXIBLE DE LA ORGANIZACIÓN DE LOS SISTEMAS DE CREENCIAS POLÍTICAS. —V. CONCLUSIÓN: SISTEMAS DE CREENCIAS Y COMPORTAMIENTO POLÍTICO. —REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

I. LOS FUNDAMENTOS DEL DEBATE

El principio según el cual todos los individuos poseen creencias, valores y actitudes referidas a la vida política es algo bastante evidente y que apenas debería suscitar dudas. Aunque a veces no parezca evidente a primera vista, todos los miembros de una colectividad social se posicionan, de una forma u otra, ante la realidad sociopolítica (incluso el rechazo o la indiferencia es una forma de reacción a tener en cuenta). Sin embargo, donde surgen múltiples problemas e interrogantes es respecto a la forma en que estos elementos están organizados y estructurados, y por extensión si ello permite a los ciudadanos enfrentarse con la realidad política de una forma consciente y coherente. Dos

(1) Este artículo forma parte de una investigación más amplia, que próximamente será publicada, en la que se analizan los diferentes procesos de relación de los ciudadanos con la política. Agradezco al profesor Andrés de Blas su apoyo y el interés mostrado en la revisión de este trabajo.

son, por tanto, las cuestiones a las que habrá que dar respuesta: ¿cómo tienden a organizarse las creencias políticas de los ciudadanos? y ¿se posicionan los ciudadanos de una manera que pueda considerarse relativamente coherente ante una realidad compleja como es la política?

La situación estructural en la que se enmarcan ambas cuestiones presenta una serie de rasgos y características bien conocidos por todos. La vida política de las sociedades desarrolladas actuales es cada vez más complicada. Los temas centrales del discurso político tienden a plantearse de una forma ambigua y técnica, al tiempo que para dominar todas sus implicaciones se requiere una cantidad tal de información que normalmente no es accesible para el nivel medio de la población. Por su parte, los ciudadanos manifiestan un interés genérico bastante escaso por las cuestiones políticas y su grado de conocimiento de estas cuestiones también se revela más bien limitado. Pero aún estando de acuerdo en la descripción de la situación de partida, el diagnóstico y las consecuencias que de ahí se deriven serán muy diferentes según los planteamientos y enfoques teórico-analíticos que se utilicen.

Durante los años finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta se va a ir acumulando una vasta producción científica, casi toda de origen norteamericano (Berelson *et al.* 1954; Campbell *et al.* 1954, 1960; Prothro y Grigg 1960; McClosky 1964; Converse 1964, etc.), cuya forma de plantear y resolver el problema en cuestión presentaba un alto grado de coincidencia. Su influencia posterior será de tal calibre que dará lugar a una importante tradición investigadora, todavía hoy dominante. Es lo que a partir de ahora denominaré el paradigma clásico.

Según estos autores, todos ellos tributarios en mayor o menor grado de los postulados de la teoría elitista de la democracia, para poder enfrentarse al complejo mundo político de una forma coherente y estable es necesario que los sistemas de creencias políticas estén organizados ideológicamente y la evidencia más clara de ello será la existencia de una «estructura de actitudes altamente diferenciada» (Campbell *et al.* 1960: 193). Con este planteamiento, el problema a investigar pierde parte de su inicial amplitud. La cuestión central ya no es llegar a aclarar cómo se posicionan los ciudadanos ante la política, sino solamente determinar si éstos razonan ideológicamente, si manifiestan poseer modos ideológicos de pensamiento similares a los que se pueden descubrir entre las elites.

Partiendo de este planteamiento de la cuestión y manejando de una manera bastante poco sofisticada las características genéricas de la población antes mencionadas —desinterés, desinformación— los autores que se inscriben dentro de este enfoque llegan a conclusiones muy similares entre sí y que pueden resumirse en la siguiente afirmación: la mayor parte de los «públicos»

de las democracias occidentales carece de un marco ideológico que les permita pensar, evaluar y posicionarse ante lo político de una forma consciente y coherente.

Aunque estas conclusiones aparecieron como incuestionables durante mucho tiempo, desde hace ya unos años ha empezado a ponerse en duda y a cuestionarse la validez de los argumentos que las sostenían. Y es que aunque toda la construcción sobre la que se asienta el paradigma clásico se pretende sencilla y solamente sometida a la fuerza de las demostraciones empíricas, los interrogantes se acumulan: ¿el pensar ideológico no puede ser concebido en términos distintos al académico *continuum* izquierda-derecha o liberal-conservador? (Kavanagh 1983; RePass 1976); ¿la coherencia y consistencia de los sistemas de creencias políticas pasa necesariamente por una organización ideológica de carácter eminentemente cognitivo o habría que incluir otros elementos, como el afectivo? (Sniderman y Tetlock 1986; Sniderman *et al.* 1986); ¿la organización de las creencias políticas tiene que reproducir las pautas características de las elites o los criterios que el analista considera racionales? (Lane 1973; Rosenberg 1988), etc. En definitiva, hacia lo que todos estos interrogantes apuntan es hacia la necesidad de articular una argumentación desde unas nuevas premisas que respondan más fielmente a la complejidad del tema en cuestión.

Así, a lo largo de estas páginas se intentará demostrar la necesidad de avanzar en la construcción de una concepción más amplia y flexible de los sistemas de creencias políticas. Una concepción según la cual los sistemas de creencias políticas de los ciudadanos no pueden reducirse a un único elemento o criterio organizativo. Más bien se trataría de pensarlos como «mosaicos» en los que se engarzan tanto los factores sociales como los psicológicos, las ideas políticas como los valores, los sentimientos y pasiones. Precisamente va a ser a través de estos mosaicos o *puzzles* de múltiples piezas como los ciudadanos se orientan en el ámbito de lo político. En última instancia, el nuevo enfoque que aquí se propone parte de la hipótesis de que, aunque en el conjunto de la población no exista una gran sofisticación a la hora de enfrentarse con las cuestiones políticas, lo que sí dispone mucha gente es de mapas cognitivos-evaluativos de la realidad política (atravesados de múltiples consideraciones afectivas) sencillos, e incluso rudimentarios, pero coherentes, lo que sin duda confiere a los ciudadanos de las sociedades democráticas una relevancia que —aunque sin admitirlo explícitamente— les era negada en los planteamientos clásicos.

Pero no nos adelantemos en nuestras conclusiones. Como hemos visto el panorama es lo suficientemente complejo y los puntos de desacuerdo tan notables como para analizar con más calma el problema hasta aquí sólo

esbozado. Empezaremos por revisar lo que he venido en denominar el paradigma clásico de la investigación sobre los «mass belief systems».

II. EL PARADIGMA CLASICO: LA DESESTRUCTURACION DEL MUNDO POLITICO DE LOS CIUDADANOS

La popularización a partir de los años cuarenta y cincuenta de los sondeos de opinión pública dirigidos a analizar el comportamiento electoral de los votantes norteamericanos va a dar la oportunidad a una serie de investigadores de analizar en profundidad y con una rigurosa metodología empírica la manera en que los individuos perciben y reaccionan ante el mundo político en el que están inmersos. Estos investigadores, la mayor parte provenientes de la Universidad de Michigan, adoptarán un planteamiento —tanto teórico como metodológico— de la cuestión de enorme repercusión posterior y las conclusiones a las que llegan tendrán una influencia decisiva en toda la literatura que se ha producido desde entonces. Figuras como A. Campbell, D. Stokes, W. Miller o P. Converse y obras como *The American Voter* (1960), *Elections and the Political Order* (1966) o *The Nature of Belief Systems in Mass Publics* (1964) constituyen el punto de referencia obligado para una tradición investigadora que todavía hoy puede considerarse dominante. Precisamente, esta última investigación llevada a cabo por P. Converse, y que ha sido origen de incontables polémicas, nos servirá de guía para analizar el modelo explicativo que he denominado paradigma clásico.

Para entender correctamente este modelo explicativo es preciso no perder de vista en ningún momento el trasfondo teórico sobre el que se desarrolla toda la argumentación. En efecto, el paradigma clásico descansa sobre el principio de la contraposición elites-masas dentro de los sistemas democráticos y el papel decisivo que se otorga a las primeras (Converse 1964: 206). Estos presupuestos teóricos tendrán, como es lógico, repercusiones directas tanto sobre los análisis que se efectúen como sobre las propias interpretaciones que se realicen de los resultados empíricos.

Además del ámbito teórico en el que se mueven estos estudios, también es importante tener en cuenta el marco espacio-temporal en el que están inscritos y que dadas sus particulares características condiciona en gran medida el tipo de argumentación utilizado. Si la cuestión del horizonte temporal (los trabajos de Campbell y Converse utilizan datos empíricos que abarcan desde el año 1956 hasta el año 1960) ha sido objeto de amplia controversia (Nie, Verba y Petrocik 1976; Field y Anderson 1969; Pomper 1972; Miller *et al.* 1976), en cambio, se ha insistido poco sobre el condicionamiento derivado

de las tradiciones político-culturales que singularizan al sistema político estadounidense (2) y que llevan a plantear el problema en cuestión de una manera muy concreta y específica, bastante diferente de la que cabría esperar si los estudios hubieran versado sobre otros sistemas políticos (Granberg y Holmberg, 1988).

Centrándonos ya en el trabajo citado de P. Converse, hay que comenzar haciendo mención de su definición de sistema de creencias, un concepto que identifica con el de ideología («nos proponemos ocuparnos de los sistemas de creencias o ideologías»):

Una configuración de ideas y actitudes en la que los elementos están unidos entre sí por alguna forma de *constraint* o independencia funcional. (Converse 1964: 207.)

Con esta definición como punto de partida es lógico que el tema del *constraint* o vínculo (3) que une entre sí a los distintos elementos del sistema de creencias se convierta en el núcleo central de las preocupaciones investigadoras. Según Converse, para poder enfrentarse al mundo de lo político de una forma coherente y consistente hay que conocer la lógica social que da sentido a los diferentes hechos políticos («lo que va con qué» y «el por qué»), y ello sólo será posible si se dispone de un sistema de creencias políticas fuertemente estructurado y organizado en el que los objetos políticos de carácter abstracto y genérico ocupen un lugar central y las pautas de unión —*constraint*— entre las «ideas-elementos» estén basadas en criterios o dimensiones que permitan organizar una gran cantidad de información. Por consiguiente, desde la óptica de Converse (al igual que en la de Campbell y sus colaboradores) lo que se requiere es un sistema de creencias políticas estructurado ideológicamente; entendiéndolo ideología en su función de marco abstracto de referencia que da sentido a los hechos políticos, organiza las ideas y actitudes y ayuda a realizar juicios políticos (Inglehart y Klingeman 1979).

Pues bien, cuando se contrasta este modelo, que recordemos tiene una existencia real al nivel de las elites, con la forma de organizarse los sistemas de creencias políticas de la mayoría de los ciudadanos la distancia se hace insalvable. De esta manera, la respuesta a las interrogantes sobre el tipo y naturaleza del vínculo que liga entre sí a las ideas y actitudes no deja lugar a dudas. Según nos alejamos del plano correspondiente a las elites:

(2) Este hecho, por otra parte, se repite con insistencia en muchos otros temas básicos en el estudio del comportamiento político, como, por ejemplo, el de la identificación partidista o la mayor parte de la investigación sobre el comportamiento electoral.

(3) La traducción al castellano del término *constraint* es compleja y difícil de realizar. En ocasiones utilizaré el término «vínculo» —a semejanza de lo que suelen hacer los politólogos italianos—, pero en general he preferido mantener el término original ya que, a mi juicio, también incorpora una cierta noción de obligación o limitación que no queda del todo recogido en la palabra castellana vínculo.

El *constraint* —dirá Converse— desciende a lo largo del universo de ideas-elementos y el rango de sistemas de creencias relevantes se hace cada vez más pequeño. En vez de unos pocos sistemas de creencias de gran alcance que organizan amplias cantidades de información específica, esperaríamos encontrar una proliferación de conjuntos de ideas con pocos vínculos entre sí (...) el carácter de los objetos que son centrales en los sistemas de creencias experimenta un cambio sistemático. Estos objetos cambian desde lo remoto, abstracto y genérico hasta lo más simple, concreto y próximo a lo cotidiano. (Converse 1964: 213.)

La conclusión final —que será el argumento central de este modelo—, por tanto, se deduce con bastante claridad de todo lo anterior:

Una imagen realista de los sistemas de creencias políticas en las masas no es, pues, una en la que se omitan por completo temas y demandas políticas ni una que presuma una amplia coherencia ideológica: más bien es una que capture con fidelidad la fragmentación, pequeñez y diversidad de estas demandas. (Converse 1964: 247.)

Converse llegará a estas conclusiones, en parte, por el desarrollo lógico de su planteamiento teórico y, en parte, a través del manejo de tres indicadores cuyos resultados serán interpretados como otras tantas características estructurales de los sistemas de creencias políticas del «público». Estos tres indicadores (basados en datos procedentes de encuestas nacionales del Survey Research Center de la Universidad de Michigan en 1956, 1958 y 1960) son: el nivel de conceptualización ideológica, la consistencia de las opiniones sobre cuestiones políticas y la estabilidad de estas mismas opiniones. Las tendencias que ponen de manifiesto, cada uno de ellos, pueden resumirse de la siguiente manera:

a) El público, en general, no evalúa la política en base a principios ideológicos abstractos.

b) Las opiniones de la mayor parte de los ciudadanos sobre los problemas políticos no se ajustan a pautas de consistencia ideológica.

c) Las opiniones políticas del público tienden a ser inestables, debido a su superficialidad y a que en ciertos casos son enunciadas casi al azar.

Analícemos un poco más detenidamente cada una de estas características y la metodología utilizada para establecerlas.

a) *Los niveles de conceptualización ideológica*

En primer lugar, vamos a ocuparnos de «los niveles de conceptualización», término con el que desde *The American Voter* se designa a «las dimensiones

evaluativas que tienden a ser aplicadas espontáneamente a la política» (Campbell *et al.* 1960: 215). Lo que aquí interesa no es lo que cree el individuo, sino cómo piensa sobre lo político, qué categorías analíticas utiliza para dar sentido a los hechos políticos.

A partir de las respuestas literales de los encuestados sobre los aspectos positivos y negativos que ellos veían en los dos principales partidos y en sus candidatos (4), se establecerán cinco categorías o niveles que tratan de reflejar otras tantas formas de pensar sobre lo político: «ideologue», «near ideologue», «group interests», «nature of times» y «no issue content». La mayor parte de la población —según los resultados de la encuesta de 1956— se distribuiría entre los que vinculan estímulos políticos e intereses grupales (42 por 100) y los que realizan argumentaciones desprovistas de una clara significación política (46,5 por 100), mientras que sólo una décima parte utilizaría conceptos ideológicos (es decir, el *continuum* liberal-conservador) al pensar sobre los estímulos políticos seleccionados y, más en concreto, sólo un 2,5 por 100 —los que componen las elites— pueden ser incluidos dentro de la categoría de los ideólogos, es decir, de aquellos que conceptualizan la política de una manera claramente ideológica. Lo que más destaca, por tanto, es que —según este esquema de interpretación— la inmensa mayoría de los ciudadanos manifiestan carecer de un principio de organización que proporcione sentido a los hechos políticos que se suceden a veces sin lógica aparente. Esas conclusiones, aunque revisadas por algunos autores en cuanto a la magnitud de cada uno de los niveles, constituyen el núcleo central de la argumentación del paradigma clásico.

Junto al uso activo de conceptos ideológicos también se medirá el grado de comprensión que se tiene de ellos; esto es, el significado que los entrevistados otorgan a los términos liberal y conservador y cómo se vinculan a los dos grandes partidos (5). Los resultados obtenidos resultan bastante acordes con los anteriores. Así, un 17 por 100 de la muestra manifestará poseer una clara comprensión de la distinción liberal-conservador basada en criterios ideológicos abstractos; un 37 por 100 reconoce y comprende la distinción entre ambos términos pero las connotaciones con los que los asocian son muy reducidas; un 10 por 100 reconoce la antinomia liberal-conservador pero

(4) La formulación concreta era: «I'd like ask you what you think are the good and bad points about the two parties. Is there anything in particular that you like about the Democratic party...»

(5) Concretamente, la formulación era: «Would you say that either one of the parties is more conservative or more liberal than the other». En caso afirmativo, se preguntaba sobre qué partido le parecía más conservador, y posteriormente: «What do you have in mind when you say that the Republicans (Democrats) are more conservative than the Democrats (Republicans)...»

cometen errores bien al otorgarles un significado o en su asignación a los respectivos partidos; un 8 por 100 aún conociendo la dicotomía son incapaces de otorgar un significado a los términos en cuestión; un 29 por 100, por último, ni reconoce ni comprende la distinción liberal-conservador.

Estos resultados llevan a Converse a reafirmarse en la tesis de que sólo una pequeña minoría puede decirse que afronta la realidad política a partir de referentes ideológicos abstractos y omnicomprendivos (6). La gran mayoría de los ciudadanos carecería, en consecuencia, del grado necesario de organización o *constraint* entre sus ideas y actitudes para pensar y evaluar las cuestiones políticamente significantes de una manera consistente.

Aunque más adelante examinaremos algunas de las principales críticas realizadas en este tema de los niveles de conceptualización, querría insistir sobre dos aspectos que me parecen de especial importancia.

A) En primer lugar, hay que referirse a la constante alusión que se hace al *continuum* liberal-conservador, de tal forma que al final conceptualización ideológica y conceptualización en términos de oposición liberalismo vs. conservadurismo terminan identificándose. Bien es verdad que esta dimensión es la más utilizada —sobre todo entre el público europeo— y que refleja diferencias actitudinales básicas (Sani y Sartori 1980; Lancelot 1985), pero reducir todo el tema del modo de pensamiento ideológico a la utilización de este *continuum* parece realmente insuficiente, tanto desde el punto de vista teórico como práctico (Luttberg y Gant 1985). El alto grado de utilización de esta dimensión ideológica entre el público europeo —según demuestran reiteradamente los más diversos sondeos— permite profundizar algo más en esta cuestión.

En efecto, del hecho de que amplios segmentos de la población de los diferentes países europeos occidentales conozcan la polaridad izquierda-derecha, la utilicen como criterio de clasificación de partidos y líderes, e incluso, como mencionábamos, resuma gran parte de sus diferencias actitudinales, habría que deducir —si seguimos estrictamente la lógica de razonamiento del paradigma clásico— que la mayoría de los europeos posee marcos abstractos de referencia, altamente estructurados y organizados; es decir, un pensamiento de corte ideológico. Esta conclusión, sin embargo, no sólo parece errónea a tenor de lo que conocemos sobre la opinión pública en estos países, sino que entraría en abierta contradicción con la característica de la generalizada falta

(6) De todas maneras, Converse no presta ninguna atención al hecho de que, según sus resultados, más del 50 por 100 de la población reconocería la distinción liberal-conservador y tiene una comprensión clara —aunque reducida— de ambos términos.

de sofisticación ideológica. El problema, a mi entender, debe plantearse en términos bien distintos.

La distinción izquierda-derecha funcionaría, en la mayoría de las ocasiones, como un mecanismo simplificador de la complejidad inherente a la realidad política, un instrumento para poder orientarse, aunque sea de manera rudimentaria, en el intrincado bosque de lo político. A todo ello habría que añadir un aspecto frecuentemente olvidado como es que en ciertos casos la utilización de los términos liberal-conservador o izquierda-derecha más que reflejar una forma de pensar ideológico, simplemente supone una mera repetición de clichés estereotipados que nada aportan a la comprensión de los cambiantes hechos y situaciones políticas, pudiendo llegar incluso a ocultar su significado potencial. Como bien dice D.RePass «al fin y al cabo, liberalismo-conservadurismo es un concepto unidireccional, restrictivo, que no puede explicar un espacio temático multidimensional, ni las diversas pautas actitudinales que se desarrollan en las mentes de los individuos» (RePass 1976: 831). En último término, lo que parece evidente es que identificar los procesos de organización y estructuración de los sistemas de creencias políticas con la mera utilización y reconocimiento de la polaridad izquierda-derecha o liberal-conservador supone reducir de antemano y de forma interesada la complejidad del problema que se está investigando.

B) Otro punto a cuestionar en el tratamiento de Converse de los niveles de conceptualización ideológica es el hecho de que en las dos variables analizadas —uso de conceptos ideológicos y reconocimiento/compreensión de los mismos— la categoría más numerosa con diferencia sea aquella que se define de una forma más confusa. En cada una de ellas existe un cierto nivel de comprensión o de uso de los criterios ideológicos, pero no en las condiciones que parecen necesarias para incluirlas dentro del estrato de los sofisticados. En ciertos momentos, queda planteado el interrogante de si no se tratará de una cierta falacia analítica, dado que se definen las categorías o niveles en la manera precisa para que se confirmen las hipótesis de partida, esto es, la insalvable diferencia que separa a las elites de las masas. Es en la categoría de aquellos que usan evaluaciones basadas en conceptos referidos a intereses grupales donde la duda aparece más evidente, ya que ¿hasta qué punto una evaluación en términos de *ricos vs. pobres* o *grandes empresarios vs. trabajadores* no puede decirse que se asienta sobre una lógica ideológica?

Converse reconoce, en parte, este hecho, pero en su perspectiva teórica todo tiene solución echando mano de las elites y así dirá que los individuos de esta categoría necesitan de las elites para transformar los intereses grupales en cuestiones ideológicas. Es decir, sólo poseen una «ideología por delegación» (*ideology by proxy*). La solución, sin embargo, se revela claramente

insuficiente para despejar las dudas antes planteadas, al tiempo que pone de manifiesto el enorme peso que en toda la argumentación utilizada tiene el contexto altamente personalizado que impera en la política norteamericana. En efecto, si en vez de tomar como referente Estados Unidos se piensa en países europeos con un sistema político caracterizado por la posición predominante de unos partidos más o menos vinculados a posiciones ideológicas, la indudable influencia que éstos ejercen sobre los procesos de formación de actitudes no parece posible interpretarlo —en la línea de la tesis de la ideología por delegación— como un indicador de la deficiente capacidad de la mayoría de los ciudadanos para pensar autónomamente sobre la realidad política. Muy por el contrario, estamos ante un proceso básico, legítimo e imprescindible dentro de un sistema democrático (Granberg y Holmberg 1988).

b) *La consistencia de las opiniones políticas*

El segundo indicador utilizado por Converse en su análisis del grado de estructuración de los sistemas de creencias políticas era el de la *consistencia de las opiniones* sobre una serie de cuestiones políticas concretas.

Para abordar este aspecto, se administró una batería de ocho cuestiones sobre temas de política interior y exterior a una submuestra de la población y paralelamente a una muestra de candidatos al Congreso —las formulaciones de las preguntas eran distintas en un caso y en otro—, con el fin de poder contrastar las diferencias entre elites y masas. La distancia que separa a las correlaciones obtenidas entre ambos grupos y la escasa magnitud que éstas alcanzan en la submuestra de los ciudadanos llevan a Converse a concluir que «paralelamente a la ignorancia y confusión sobre estas dimensiones ideológicas, entre los menos informados hay un descenso general en el *constraint* entre creencias específicas que estas dimensiones ayudan a organizar» (Converse 1964: 231). La tesis de la inconsistencia quedaría, pues, confirmada.

Como ocurría en el caso anterior, las evidencias empíricas proporcionadas, a pesar de su relevancia, no parecen una demostración suficiente de la hipótesis que se está intentando verificar. Aparte de los posibles problemas técnicos que presenta un análisis de correlaciones (RePass 1976), lo que en ningún momento se plantea Converse es que la ausencia de correlaciones significativas en las respuestas pueda ser consecuencia de la utilización de lógicas implícitas de razonamiento distintas a las que él maneja. Si se piensa que en la actualidad uno de los principales rasgos psicosociales de la estructura ideológica de moderación predominante en las sociedades avanzadas lo constituye la tendencia hacia la transacción no conflictiva entre principios ideológicos contrapuestos, es factible argüir que tras la aparente incoherencia de las respuestas puede

subyacer una lógica cuyo principio rector en vez de ser la consistencia cognitiva, lograda a través de la oposición entre contrarios, radique precisamente en lo opuesto, la aceptación de actitudes ambivalentes. No quiero decir que ésta sea la única ni la más significativa razón de la falta de correlaciones *inter-item*, pero sí poner de manifiesto que con la forma de proceder de Converse —y de todos aquellos que siguen esta tradición investigadora— no se logra aportar las pruebas necesarias para llegar a la conclusión de que los sistemas de creencias de la mayoría de la gente son incoherentes e inarticulados.

c) *El grado de estabilidad de las opiniones*

La última de las características estructurales establecidas se refiere a *la inestabilidad de las opiniones* en un corto espacio de tiempo. Un tema estrechamente unido a los rasgos antes descritos, por cuanto se presupone que en aquellos sistemas de creencias donde la interdependencia funcional entre sus elementos esté basada en principios genéricos de carácter ideológico las actitudes de los individuos tenderán a permanecer más bien estables a lo largo del tiempo.

Analizando las opiniones que unos mismos sujetos expresan en 1958 y 1960 respecto a las cuestiones antes mencionadas Converse calcula que algo menos de dos tercios de la población entrevistada (13 sobre 20) logra situarse en el mismo polo de la controversia política en un intervalo de sólo dos años, cuando la probabilidad aleatoria es del 50 por 100. Este alto grado de inestabilidad de las opiniones políticas del ciudadano medio, lógicamente y en coherencia con todo lo anterior, va a ser interpretado como un nuevo indicio de la ausencia de un marco de referencia que organice y confiera estabilidad a las opiniones políticas de los individuos.

Pero Converse en esta ocasión va a ir más lejos, ya que basándose en los datos de tres oleadas de panel sostendrá que la población puede dividirse en dos grupos opuestos: por un lado, un reducido grupo de personas que tienen verdaderas opiniones sobre el tema o temas en cuestión, las cuales están cristalizadas y son muy estables; y, por otro lado, un grupo mucho más numeroso, que por falta de información sobre la controversia de que se trate, y presionados por un afán de conformidad con el entrevistador, emiten opiniones puntuales, sin una verdadera significación, inventan una *no-actitud* cuya dirección varía aleatoriamente a lo largo del tiempo.

Este modelo en el que explícitamente se excluye la existencia de un término medio entre ambos extremos (Converse 1964: 243) parece, a todas luces, demasiado rígido para poder captar la enorme variedad de situaciones

existente dentro de los sistemas de creencias de los ciudadanos. «Es difícil suponer que el mundo esté dividido en dos, y sólo dos, clases de personas: aquellos que se puede decir que han formado una genuina opinión sobre un tema porque repiten exactamente lo que han dicho la última vez que fueron preguntados acerca de él; y aquellos que debemos suponer que nunca han sabido lo que pensaban porque ha cambiado su opinión» (Sniderman *et al.* 1986: 427). El tema, sin embargo, está lejos de haber sido aclarado definitivamente y hoy todavía sigue existiendo un amplio debate sobre la pertinencia teórico-analítica de esta forma de enfocar el tema de la estabilidad/inestabilidad de las opiniones políticas y sobre la tesis de las «nonattitudes» (la polémica sobre este tema debe seguirse en Converse 1970; Pierce y Rose 1974 y Converse 1974, así como la síntesis de Smith 1984; para una visión alternativa del modelo «black and white» véase Brody 1986).

A través del análisis de estos tres indicadores (nivel de conceptualización, consistencia y estabilidad de las opiniones) hemos podido observar las principales consecuencias que se derivan del planteamiento de Converse a la hora de estudiar la organización de los sistemas de creencias políticas de los ciudadanos. Hay que reconocer que, en líneas generales, toda la argumentación de Converse posee una coherencia interna considerable; sin embargo, el gran problema radica en que las hipótesis que se quieren demostrar no encuentran en el análisis una justificación adecuada: el tipo de actor político que se postula no se desprende necesariamente de los resultados obtenidos. Muchas son las interrogantes que quedan planteadas y muchas las insuficiencias que aparecen, tanto sobre los procesos metodológicos como sobre las cuestiones extraídas de los datos empíricos. De ellas me ocuparé a continuación.

III. REVISIONES Y CRITICAS:

LA IMPORTANCIA DEL CONTEXTO POLITICO

Desde finales de los años sesenta y, sobre todo en los setenta, un buen número de investigadores se dedicarán a revisar las conclusiones de los estudios de Michigan. La mayor parte de estos autores no puede decirse que defiendan un modelo nuevo, antagónico o alternativo al anterior, aun cuando alguno de ellos así lo quiera hacer ver. Más bien se trata de añadir nuevos elementos al marco explicativo, de relativizar algunas conclusiones y, por encima de todo, de poner de manifiesto la determinación contextual que condiciona los resultados obtenidos, pero todo ello sin poner en cuestión las premisas conceptuales y teóricas sobre los que se basa la perspectiva clásica en el análisis de los «mass belief systems». A su vez, estos intentos revisio-

nistas también han sido objeto de múltiples críticas por parte de otros autores que creen ver en los artificios metodológicos utilizados la explicación de las transformaciones defendidas por ellos. En fin, como se ve un debate inagotable —cuyas líneas maestras intentaremos descifrar a continuación— en el que quizás se echa en falta un esfuerzo de síntesis que integre los resultados de unos y otros en un único marco explicativo (Gaxie 1982).

El intento más serio y global de revisar las conclusiones del paradigma clásico es, sin duda, la obra de Nie, Verba y Petrocik, *The Changing American Voter* (1976; ed. revisada 1979). Como su propio título indica, la intención de los autores es poner de manifiesto las transformaciones detectadas en el público americano durante los años transcurridos desde la pionera aportación de Campbell y sus colegas. Objetivo éste que implica, pues, demostrar que las conclusiones allí obtenidas no son generalizables a otras situaciones históricas.

La tesis principal defendida a lo largo de toda la obra es que durante los años sesenta y setenta se produce un considerable incremento en el «*constraint ideológico*» que estructura y organiza los sistemas de creencias de los ciudadanos estadounidenses, paralelamente a las tensiones y controversias que agitan la vida política del país durante estos años. El hecho de que el debate político se realice sobre problemas con una naturaleza claramente ideológica, la importancia que se confiere a esos temas y una forma de presentarlos mucho más cercana a los intereses y preocupaciones del ciudadano medio harán —según estos autores— aumentar en estos años la politización (interés, información, etc.) y con ello se incrementará la consistencia y coherencia de las creencias políticas de los ciudadanos. En suma, las características y definición del contexto sociopolítico adquiere una importancia de la que antes carecía. Este punto de vista constituirá el denominador común de todas aquellas aportaciones al debate que pueden incluirse en la rúbrica de los revisionistas (Pomper 1972; Kessel 1972; Miller *et al.* 1976, etc.).

Una de las conclusiones más resaltadas por Nie, Verba y Petrocik es la de la elevación del nivel de conceptualización ideológica. Tanto Nie y sus colegas como Field y Anderson (1969) —que representa la otra gran aportación en este campo— sostienen que a partir de 1964 se produce un profundo cambio en la forma de conceptualizar la política por parte de una porción considerable de ciudadanos norteamericanos. Las evaluaciones de los partidos y candidatos tienden a hacerse más frecuentemente en términos ideológicos y la razón principal no es otra que el tono de controversia ideológica en que se plantean las campañas electorales a partir de este año, a diferencia de lo ocurrido durante la década de los cincuenta. Así, por ejemplo, en 1972 más de la mitad de la población encuestada (51 por 100) pertenecería, según Nie,

a las categorías de ideólogos y cuasi-ideólogos, con lo cual parece bastante evidente que el ciudadano de los años setenta era más capaz de pensar ideológicamente la política (7).

Estas conclusiones han recibido numerosas críticas centradas en la imposibilidad de comparar los resultados obtenidos con los originales al utilizarse procedimientos diferentes de medida (Kinder 1983). Sin embargo, el hecho concreto del aumento de la sofisticación ideológica de la población sí parece ser una realidad incontestable. En efecto, otros autores como Miller y Miller (1976) o Klingemann (Inglehart y Klingemann 1979) utilizando medidas idénticas a las originales también detectan una progresión en el nivel de conceptualización ideológica de los ciudadanos de los Estados Unidos. Precisamente este último autor ofrece una interpretación sobre el fenómeno en cuestión muy a tener en cuenta.

Según Klingemann, cuando se cruzan los resultados del uso activo de conceptos ideológicos con los del conocimiento ideológico pasivo (una operación que también hace Converse pero que no profundiza en su explicación) se llega a dos conclusiones fundamentales: *a)* la proporción de entrevistados con un alto nivel de sofisticación ideológica es muy reducida —no supera en ninguno de los países estudiados el 5 por 100—; *b)* una considerable proporción de la población es capaz de pensar ideológicamente (es decir, de orientarse ante las cuestiones políticas en términos de izquierda vs. derecha), aunque ello no implique un alto grado de uso activo de conceptos ideológicos. En base a estas conclusiones, habría que afirmar que un mayor énfasis en el análisis del potencial ideológico —en vez de en el del uso de términos ideológicos— traería como consecuencia que las investigaciones estarían menos determinadas por el contexto político concreto en que se desarrollan, porque como sostiene Klingemann «los ciudadanos que emplean un conocimiento ideológico no utilizan este sistema taxonómico en cualquier situación. Más bien, el conocimiento ideológico será activado en formas diferentes en respuesta a las variaciones en el contexto del conflicto político» (Inglehart y Klingemann 1979: 256).

(7) Una implicación adicional de estos datos es que, a primera vista, se invalidaría uno de los presupuestos teóricos en los que se apoyaba el concepto original formulado por Campbell *et al.* (1960), consistente en que el tipo de conceptualización política tendía a ser estable al estar relacionado con las capacidades cognitivas del sujeto. Sin embargo, «Field y Anderson y Nie *et al.* no contradicen tanto la explicación de The American Voter sobre los orígenes de estos niveles como la desarrollan. The American Voter mantenía que los niveles estaban determinados primariamente por las capacidades cognitivas. Field y Anderson y Nie *et al.* sostienen que los factores del entorno forman un segundo conjunto de influencias sobre la sofisticación conceptual y que estos factores influyen sobre todo a la gente más sofisticada cognitivamente» (SMITH 1980: 688).

Por lo que hace al tema de la consistencia de las opiniones, el debate se ha planteado en términos muy similares a los anteriores. Pomper (1972), Nie y Anderson (1974), o los ya mencionados Nie, Verba y Petrocik (1976) encuentran, tras sus respectivos análisis, que la situación descrita por Converse —ausencia casi completa de *constraint* actitudinal— se ha transformado y que a partir de 1964 se vislumbra la existencia entre sectores importantes de la población de actitudes políticas ideológicamente consistentes. La mayor importancia concedida a los temas políticos en general estaría en la base de este incremento en la consistencia ideológica de las opiniones de los ciudadanos estadounidenses.

Nuevamente, estos hallazgos van a ser criticados por sus deficiencias metodológicas, principalmente por la poca atención que se presta a la influencia del cambio de formulación y formato que han ido experimentando las preguntas a lo largo de quince años (Bishop, Oldendick y Tuchfarber 1978). De todas maneras, aunque los argumentos de los revisionistas del modelo clásico tengan mucho de artificialidad metodológica, este tema del *constraint* actitudinal sigue siendo, a mi juicio, un campo abierto a investigar más en profundidad, donde todavía existen demasiadas evidencias contradictorias (Luttbeg, 1968). Las netas diferencias que separan a las elites de la masas no pueden llevarnos a admitir automáticamente el postulado de la inconsistencia e incoherencia actitudinal de la mayoría del público por el solo hecho de que sus pautas de percepción política no se ajustan al modelo ideal.

Muy relacionado con este aspecto del *constraint* actitudinal está el de la estabilidad de las opiniones. Una vez más las controversias no han girado sobre cuestiones sustantivas de planteamiento, sino que se han concentrado en el plano técnico. Así, Achen recalculará las correlaciones del panel utilizado por Converse eliminando el error de medida y el resultado obtenido es «una estimación claramente incrementada de la estabilidad y coherencia del pensamiento político de los votantes» (Achen 1975: 1229). Aunque investigaciones del tipo de la que acabamos de mencionar sirven para relativizar, en gran medida, las conclusiones demasiado extremas a que llega P. Converse, tampoco puede decirse que este aspecto se haya aclarado definitivamente: «La inestabilidad en la opinión política no puede ser reducida a problemas técnicos de medida. La inestabilidad refleja tanto medidas confusas como ciudadanos confusos» (Kinder 1983: 397).

Hasta aquí se han revisado las líneas maestras en que se mueve el debate sobre la perspectiva clásica en el estudio de la organización de los sistemas de creencias políticas de los ciudadanos. Quizás la enorme cantidad de críticas y contracríticas que se han sucedido no permitan hacerse una idea clara de la que, en mi opinión, es la principal aportación surgida de este debate. Me

refiero a la necesidad de incluir al contexto político dentro de los factores explicativos de la forma en que los sujetos organizan sus creencias, o lo que es lo mismo, de cómo se orientan ante los hechos y situaciones políticas. De esta manera, la politización de los ciudadanos no será sólo función de sus características personales, sociales o de su competencia política, sino también de la manera en que esté configurada la escena político-social en la que las opiniones, juicios y evaluaciones tienen lugar: la naturaleza de los problemas constituidos como temas políticos, la polarización de las oposiciones ideológicas (Gaxie 1982), la «historia vital» de los temas a debate (Himmelweit *et al.* 1985), etc. No se trata, por consiguiente, tanto de invalidar las posiciones de Converse y sus seguidores como de relativizarlas, introduciendo un elemento que estaba relegado a un plano secundario, y que permite explicar muchos de los cambios que inevitablemente se producen conforme varía la coyuntura histórica.

IV. HACIA UNA CONCEPCION MAS AMPLIA Y FLEXIBLE DE LA ORGANIZACION DE LOS SISTEMAS DE CREENCIAS POLITICAS

Si algo ha debido quedar claro después de bastantes años de controversias sobre los pioneros estudios de los investigadores de Michigan es que la mayor parte de la reflexión posterior sigue participando de las mismas premisas teóricas que alumbraron aquellos primeros trabajos. Se realizan críticas puntuales, se impugnan procedimientos metodológicos, se revisan algunas conclusiones, pero el problema se sigue planteando en los mismos términos y con las mismas limitaciones. Como ya he puesto de manifiesto en varias ocasiones, la principal limitación a la que tiene que hacer frente esta construcción teórica y los análisis que de ella se derivan es la visión demasiado rígida y uniforme que se maneja de los procesos a través de los cuales los sujetos evalúan y se posicionan ante la realidad política. Una limitación que, en última instancia, tiene mucho que ver con los presupuestos elitistas que están detrás de su concepción de los sistemas democráticos y del papel que allí les corresponde jugar a los ciudadanos.

En efecto, tanto en *The American Voter* como en la investigación de Converse o en las de sus seguidores —más o menos conformes con sus conclusiones— se trabaja con un modelo exclusivamente centrado en lo cognitivo-racional, en el que lo político es entendido en términos muy restringidos y la polaridad liberal-conservador (o izquierda-derecha) constituye el único criterio o principio estructurante adecuado para enfrentarse de forma coherente con las situaciones políticas. Y en la base de todo el modelo siempre está presente la falacia de que no hay otra forma válida de organización creencial

que aquella que es propia de las elites, convirtiéndose, por tanto, en el referente ideal y exclusivo con el que continuamente se contraponen los datos del público en general (Lane 1973).

Partiendo de este modelo, generalmente enunciado de una manera bastante esquemática y apoyándose en los conocidos rasgos de escaso grado de interés e información política que caracterizan al ciudadano medio de las sociedades democráticas actuales, la conclusión no podía ser muy diferente de la que obtienen: el predominio de un tipo de actor político con actitudes inestables e incoherentes, apenas basado en consideraciones ideológicas y cuyos procesos de relación con lo político están dominados por identificaciones psicológicas y adhesión a las formulaciones ideológicas de las elites.

Sin embargo, conforme el escenario político-social del mundo occidental se ha ido transformando (nuevos actores, nuevas controversias políticas, etc.) y la investigación de la opinión pública ha ido progresando, se ha hecho cada vez más patente lo inadecuado de unos esquemas interpretativos incapaces de asumir la diversidad y complejidad con que hoy se plantean las relaciones ciudadano-política (Dalton 1988). En este sentido, resulta imprescindible empezar a construir concepciones teórico-analíticas mucho más flexibles, a partir de las cuales poder superar las premisas en las que se asienta la perspectiva anteriormente descrita. De lo contrario se corre el riesgo de que la discusión científica en este campo quede reducida a controversias técnico-metodológicas y encerrada dentro de unos presupuestos que implícitamente vienen a cuestionar los mismos fundamentos de la vida democrática, por mucho que se insista en el carácter meramente descriptivo de sus análisis.

Un paso importante en esta dirección lo constituiría el manejo de una noción de *constraint* actitudinal más acorde con la realidad. Frente a la posición clásica que piensa en un criterio único de interdependencia funcional entre todas las creencias, actitudes, etc., múltiples evidencias apuntan, por el contrario, hacia el predominio de una organización multidimensional de los sistemas de creencias, incluso entre las elites (Luttbeg 1968). La complejidad y diversidad de los objetos políticos hace que las creencias que sobre ellos se forman los individuos tiendan a organizarse en diferentes dominios o dimensiones temáticas, dentro de los cuales se ha podido apreciar un considerable grado de coherencia interna en amplios segmentos poblacionales (Himmelweit, Humphreys y Jaeger 1985).

Esta visión multidimensional de los sistemas de creencias permite además integrar la acción de los intereses políticos de los sujetos sobre la organización de sus creencias. Si bien es irreal afirmar que el ciudadano medio se preocupa por todos los temas de significación política, no lo es en cambio mantener que su atención suele concentrarse en aquellos aspectos o ámbitos más cerca-

nos a sus propios intereses, respecto a los cuales posee creencias firmes, coherentes y estables (Kriesi 1990). En este sentido, las originales conclusiones sobre la inconsistencia e incoherencia de las opiniones políticas del público en general deberían ser revisadas, ya que las evidencias recogidas no tienen por qué interpretarse como ausencia de sofisticación. «La explicación alternativa es que no todos los ciudadanos están interesados en todos los temas» (Dalton 1988: 28).

La caracterización de los sistemas de creencias como multidimensionales y la nueva concepción de *constraint* actitudinal que de allí se deriva ofrece perspectivas muy interesantes —sobre todo para el análisis empírico—, pero aún es preciso ir un poco más allá. La reflexión debe progresar en el sentido de incorporar nuevos elementos a un modelo explicativo que tenga en cuenta la complejidad constitutiva de los sistemas de creencias. Dos son cuando menos las direcciones en las que a mi juicio habría que orientar el trabajo de investigación. Por una parte, es preciso investigar los mecanismos o instrumentos psicosociales utilizados por los sujetos para simplificar la complejidad inherente a los contextos sociopolíticos y poder, así, en una situación de poca implicación y conocimientos, posicionarse coherentemente ante ellos. Por otra parte, habría que superar la exclusiva referencia a la consistencia lógico-cognitiva revalorizando el papel desempeñado por lo afectivo dentro de los procesos de evaluación política.

Empezando por el primero de los aspectos mencionados, hay que reconocer que desde hace unos años disponemos de una serie de investigaciones que han avanzado diferentes hipótesis sobre estos mecanismos de percepción y explicación del mundo político. W. L. Bennett (1980) menciona la existencia de representaciones cognitivas preliminares o modelos implícitos de los diferentes procesos sociales; Sniderman y sus colegas (1986) hablan de «heuristics» o instrumentos de simplificación y orientación en el complejo mundo sociopolítico; P. Conover y S. Feldman (1984) se refieren al papel central que desempeñan los «esquemas» en cuanto estructuras cognitivas basadas en la organización de conocimientos previos, obtenidos a partir de la experiencia con instancias específicas. Como se aprecia, diferentes conceptos y teorías que apuntan en una misma dirección antes sugerida: poner de manifiesto que más allá del clásico recurso a la antinomia derecha vs. izquierda pueden descubrirse diferentes mecanismos utilizados por el individuo como principios estructurantes de sus creencias. Mecanismos o instrumentos psicosociales que, en definitiva, le proporcionan al ciudadano medio una comprensión de la realidad que en ocasiones puede ser calificada de simple o rudimentaria, pero, al fin y al cabo, eficaz para responder con un cierto grado de coherencia ante el complejo mundo político. Como afirman algunos de estos autores: «La

gente puede no necesariamente estructurar sus mundos políticos de acuerdo a principios ideológicos abstractos, pero sí organizan sus creencias. Incluso más, lo hacen de muy diferentes maneras. No es suficiente buscar elementos de una simple estructura liberal-conservador; más bien, como investigadores, debemos reconocer que existe un gran número de perspectivas diferentes —frecuentemente poco relacionadas— sobre la política» (Conover y Feldman 1984: 121).

Sin duda, muchos son todavía los puntos confusos por aclarar en esta línea de investigación (8), pero ello no obsta para reconocer el interesante panorama que abre tras de sí. Una de las implicaciones más relevantes es que permite reconsiderar el papel que los ciudadanos están capacitados para desempeñar en los procesos democráticos. Estos perderían, en parte, su carácter de obligados espectadores para pasar a la categoría de actores potenciales. Otra cosa bien distinta es la actualización de este potencial y las fuerzas estructurales que actúan para situarle en una posición pasiva.

El otro aspecto mencionado tenía que ver con el papel desempeñado por los sentimientos, las pasiones; en una sola palabra, por lo afectivo. Como antes se ha señalado, la perspectiva clásica descansaba exclusivamente sobre bases cognitivo-rationales: la única manera en que el ciudadano podría enfrentarse de una forma coherente y estable con la vida política era estableciendo vínculos lógicos entre sus ideas, mientras que los sentimientos —hacia grupos o partidos— constituían el criterio básico de evaluación de los no-sofisticados (Converse 1964). Una vez más se hace patente la restrictiva concepción de sistema de creencias que se maneja en este enfoque, ya que no puede olvidarse que toda creencia siempre posee un componente cognitivo y uno afectivo y que ambos componentes interaccionan entre sí.

Partiendo de esta consideración básica se hace evidente que cualquier concepción que pretenda captar en toda su complejidad y diversidad los procesos de percepción política de los ciudadanos debe tener muy en cuenta la incidencia de los sentimientos, de las reacciones afectivas ante los distintos objetos que conforman el mundo político en un momento determinado. Una incidencia que, en muchos casos, es de primer orden, por cuanto los sentimientos en bastantes ocasiones constituyen el punto de partida a partir del cual se realizan evaluaciones y se adoptan posiciones políticas coherentes y estables. Como muy bien han señalado Sniderman y Tetlock, «una parte sustancial del público es capaz de desarrollar una visión coherente de la política; la razón de que la gente sea capaz de, y esté dispuesto a, hacerlo así tiene menos que

(8) Uno de los temas que restan por aclarar es en qué medida las determinaciones sociales pesan sobre estos mecanismos psicosociales de comprensión del mundo sociopolítico.

ver con un amplio conocimiento de la política y de las ideas políticas que con un conjunto políticamente coherente de simpatías y antipatías personales (...) aunque la presión hacia la consistencia lógica pueda ser débil, la presión hacia la consistencia afectiva no lo es» (Sniderman y Tetlock 1986: 64-72).

V. CONCLUSION: SISTEMAS DE CREENCIAS Y COMPORTAMIENTO POLITICO

La principal conclusión que puede extraerse de esta revisión del debate sobre los sistemas de creencias políticas de los ciudadanos es la necesidad de replantearse nuevamente el cómo los individuos organizan su mundo político y el papel que creencias, actitudes y valores desempeñan en su comportamiento político.

A lo largo de las páginas precedentes he intentado demostrar que el tipo de actor político implícito en los estudios de Michigan, y que aún hoy se sigue manejando con profusión, ofrece una imagen reduccionista de la relación que los ciudadanos de las sociedades democráticas contemporáneas mantienen con el universo político. Y ello es así porque la propia forma de plantear el problema resulta inadecuada por bastantes motivos. No estará de más resumir aquí los principales. En primer lugar, a causa de la excesiva rigidez y uniformidad de sus presupuestos que impiden captar la multidimensionalidad propia de los sistemas de creencias políticas. En segundo lugar, por la extrema simplicidad con que se afronta el tema de la adopción de posiciones políticas por parte de los ciudadanos. En tercer lugar, porque en toda esta tradición investigadora se tiende a identificar erróneamente la falta de sofisticación ideológica en el pensar político de muchos sujetos (hecho fácilmente explicable en una sociedad desigual y en la que lo político quiere ser monopolizado por la elite de los profesionales) con la ausencia total de posiciones político-ideológicas coherentes y consistentes en estos sujetos; confusión que, en último término, viene a hacer insalvable la separación elites-masas y a «justificar» la dominación de éstas últimas por parte de aquéllas.

Esta serie de críticas no deben interpretarse, sin embargo, como una implícita confirmación de los planteamientos opuestos. Es decir, de aquellos modelos en los que los ciudadanos son vistos como actores racionales cuyas creencias políticas determinan necesariamente el tipo de comportamiento político a desarrollar. Tanto los modelos basados en la racionalidad utilitarista —cuyo mejor ejemplo lo constituye la obra de Downs (1957)—, como los modelos cognitivos según los cuales las evaluaciones, opiniones y acciones de los ciudadanos responden fielmente a sus creencias y actitudes políticas,

olvidan que las desigualdades sociales tienen su traducción en un desigual acceso a la comprensión de las reglas estructurantes del campo político (Gaxie 1978), con lo que en muchos casos las posiciones adoptadas no responden a estrictos cálculos racionales sino a procesos más complejos en los que creencias, pertenencias sociales, sentimientos, etc., interaccionan entre sí.

La clave, a mi juicio, radica en que los enfoques mencionados —tradicionalmente presentados como antagónicos— utilizan como referente último para valorar la orientación de los individuos ante la realidad política un similar y erróneo *standard* de racionalidad. Siguiendo a Shapiro puede afirmarse que entre la perspectiva psicosocial y la económica, en la cuestión de la racionalidad, existe «una similaridad estructural y una complementariedad sustantiva» (Shapiro 1969: 1189). En ambos casos, el modelo con el que se confronta la realidad es el de un sujeto que razona políticamente siguiendo las leyes de la lógica —sustantiva o procesual (Simon 1985)— y que, finalmente, tras confrontar sus creencias con las diversas opciones existentes adopta una posición, realiza una evaluación o se comporta de una determinada manera. Las diferencias, por consiguiente, no se situarían —como erróneamente se quiere hacer ver— en el ámbito de los presupuestos básicos, sino solamente en el de las conclusiones analíticas. Mientras para unos, exclusivamente los estratos más sofisticados —las elites— son capaces de enfrentarse racionalmente con el mundo de la política, para los otros los ciudadanos en general se comportarían racionalmente a la hora de posicionarse ante los hechos y situaciones políticas. El concepto mismo de racionalidad y no tanto sus aplicaciones es, pues, el que resulta inadecuado, por cuanto no se corresponde con la complejidad y diversidad propia de los procesos de orientación político-ideológica.

Desde esta perspectiva, aparece mucho más clara la necesidad de superar unas concepciones para las que el actor político es o debería ser casi un intelectual de la política que constantemente está realizando complicados razonamientos lógicos, con el fin de que sus posiciones político-ideológicas y sus acciones en el ámbito político respondan fielmente a sus creencias, valores y actitudes (Rosenberg 1988). Esta superación pasa, desde mi punto de vista, por poner de relieve y sacar las consecuencias que se derivan de tres aspectos de importancia crucial:

1. El posicionamiento de los ciudadanos ante las cuestiones políticas responde siempre a un conglomerado de factores interrelacionados entre sí. Sus sistemas de creencias aparecen condicionados tanto por el sistema socio-cultural en el que están inmersos y que les proporciona marcos simbólicos de interpretación de la realidad sociopolítica como por el propio sistema de predisposiciones individuales que configura su personalidad (Lancelot 1985). En unos casos primarán unos factores y en otros casos al revés, pero en todos

ellos es preciso no olvidar el pluralismo constitutivo de los sistemas de creencias políticas, los cuales son, parafraseando a Sartori (1969), los que permiten a los actores sociales orientarse y navegar en el mar de la política. Como se apuntaba al principio de este ensayo, es preciso abandonar las concepciones unidimensionales y pensar más bien en *puzzles* de múltiples piezas en los que se engarzan condiciones socioestructurales, disposiciones psicosociales, ideas políticas, valores, sentimientos, pasiones, etc. (Kinder 1983: 413).

2. Creencias políticas y acción política no pueden separarse, ambas instancias se influyen mutuamente en un ininterrumpido proceso de interacción. Demasiado a menudo se trabaja analíticamente con un esquema en el que sistemas de creencias y comportamiento están unidos solamente por un nexo causal en el que los primeros determinan a los segundos, olvidando así el proceso de retroalimentación que va desde el ámbito de la praxis al de la cognición. En efecto, las creencias y actitudes, que configuran el marco de orientación del ciudadano ante la realidad político-social, no sólo se concretan y materializan en el campo de la acción política, allí también se alimentan, se redefinen o se reafirman.

3. Sostener que el ciudadano medio de una sociedad democrática occidental suele disponer de los mecanismos básicos para adoptar una orientación política —más o menos rudimentaria— que le permita situarse significativamente ante las cambiantes configuraciones del mundo político, tal y como hemos venido haciendo hasta ahora, no puede significar el olvidar cómo las desigualdades sociales y culturales se trasponen al ámbito político, bajo la forma de un diferente acceso a la comprensión de las reglas rectoras del conflicto político y de un desigual nivel de competencia política. En suma, cuestionar los presupuestos y las conclusiones de aquellos modelos que terminan legitimando la posición de los ciudadanos como meros espectadores del trabajo de las elites, no implica desconocer las desiguales condiciones con que tienen que enfrentarse unos y otros grupos sociales a la hora de intentar pensar, comprender y evaluar las cuestiones planteadas en el campo político.

Una atenta consideración de los tres aspectos aquí esbozados creo que permiten llegar a establecer con precisión el papel que los sistemas de creencias desempeñan en el comportamiento político. Su principal característica radica en que a la vez que se ponen de manifiesto los múltiples condicionantes que pesan sobre las opiniones y evaluaciones realizadas por los ciudadanos, se les reconoce a éstos la capacidad de configurar un marco básico de orientación ante la realidad político-social.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ACHEN, C. (1975): «Mass Political Attitudes and the Survey Response», *American Political Science Review*, 69 (4), págs. 1218-1231.
- BERELSON, B.; LAZARFELD, P., y MCPHEE, W. (1954): *Voting: a study of opinion formation in a presidential election*, Chicago, University of Chicago Press.
- BISHOP, G.; OLDENDICK, R., y TUCHFARBER, A. (1978): «Effects of question wording and format on political attitude consistency», *Public Opinion Quarterly*, 42, págs. 81-92.
- BRODY, C. (1986): «Things are rarely black and white: admitting gray into the Converse model of attitude stability», *American Journal of Sociology*, 92 (3), págs. 657-677.
- CAMPBELL, A.; CONVERSE, P.; MILLER, W., y STOKES, D. (1960): *The American Voter*, Nueva York, Wiley.
- CONOVER, P., y FELDMAN, S. (1984): «How People Organize the Political World: A Schematic Model», *American Journal of Political Science*, 28, págs. 95-126.
- CONVERSE, P. (1964): «The Nature of Belief Systems in Mass Publics», en D. AP-TER (ed.): *Ideology and Discontent*, Nueva York, The Free Press of Glencoe, págs. 206-261.
- (1970): «Attitudes and non-attitudes: continuation of a dialogue», en E. TUFTTE (ed.): *The quantitative analysis of social problems*, Reading, Addison-Wesley, páginas 168-189.
- (1974): «Comment: the status of nonattitudes», *American Political Science Review*, 68 (2), págs. 650-666.
- DALTON, R. (1988): *Citizen Politics in Western Democracies. Public Opinion and Political Parties in the United States, Great Britain, West Germany, and France*, New Jersey, Chatham House Pub.
- DOWNS, A. (1957): *An Economic Theory of Democracy*, Nueva York, Harper.
- FIELD, J., y ANDERSON, R. (1969): «Ideology in the public's conceptualization of the 1964 election», *Public Opinion Quarterly*, 33, págs. 380-398.
- GAXIE, D. (1978): *Le cens caché. Inégalités culturelles et ségrégation politique*, París, Seuil.
- (1982): «Mort et résurrection du paradigme de Michigan. Remarques sur quelques résultats récents de la sociologie des comportements politiques aux États-Unis», *Revue Française de Science Politique*, 32 (2), págs. 251-269.
- GRANBERG, D., y HOLMBERG, S. (1988): *The political system matters. Social psychology and voting behaviour in Sweden and the United States*, Cambridge-París, Cambridge University Press-Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- HIMMELWEIT, H.; HUMPHREYS, P., y JAEGER, M. (1985): *How voters decide: a longitudinal study of political attitudes and voting extending over fifteen years*, Filadelfia, Open University Press.
- INGLEHART, R., y KLINGEMANN, H. (1979): «Ideologies and Values», en S. BARNES, M. KAASE et al.: *Political Action*, parte II, págs. 203-380.
- KAVANAGH, D. (1983): *Political science and political behaviour*, Londres, Allen and Unwin.

- KESSEL, J. (1972): «Comment: The issues in issue voting», *American Political Science Review*, 66 (2), págs. 459-465.
- KINDER, D. (1983): «Diversity and complexity in American Public Opinion», en A. FINIFTER: *Political Science. The state of the discipline*, Washington, APSA, págs. 389-425.
- KRIESI, H. (1990): «The structure of beliefs systems in the Dutch general public», *European Sociological Review*, vol. 6, núm. 2, págs. 165-179.
- LANCELOT, A. (1985): «L'orientation du comportement politique», en M. GRAWITZ y J. LECA (eds.): *Traité de Science Politique*, vol. 3, págs. 367-419.
- LANE, R. (1973): «Patterns of political belief», en J. KNUITSON (ed.): *Handbook of Political Psychology*, págs. 83-116.
- LUTTBEG, N., y GANT, M. (1985): «The failure of Liberal/Conservative ideology as a cognitive structure», *Public Opinion Quarterly*, 49, págs. 80-93.
- LUTTBEG, N. G. (1968): «The structure of beliefs among leaders and the public», *Public Opinion Quarterly*, 32 (3), págs. 398-407.
- MCCLOSKEY, H. (1964): «Consensus and ideology in American politics», *American Political Science Review*, 58, págs. 361-382.
- MILLER, A., y MILLER, W. (1976): «Ideology in the 1972 election: myth or reality? A rejoinder», *American Political Science Review*, 70 (3), págs. 832-849.
- MILLER, A.; MILLER, W.; RAINE, A., y BROWN, T. (1976): «A majority party in disarray: policy polarization in the 1972 election», *American Political Science Review*, 70 (3), págs. 753-778.
- NIE, N., y ANDERSON, K. (1974): «Mass belief systems revisited: political change and attitude structure», *Journal of Politics*, 36, págs. 541-591.
- NIE, N.; VERBA, S., y PETROCIC, J. (1976): *The Changing American Voter*, Cambridge, Harvard University Press (2.ª ed., 1979).
- PIERCE, J., y ROSE, D. (1974): «Nonattitudes and American Public Opinion: the examination of a thesis», *American Political Science Review*, 68, págs. 626-649.
- POMPER, G. M. (1972): «From confusion to clarity: issues and American voters 1956-1968», *American Political Science Review*, 66 (2), págs. 415-428.
- PROTHRO, J. W., y GRIGG, C. M. (1960): «Fundamental principles of democracy: bases of agreement and disagreement», *Journal of Politics*, XXII (2), págs. 276-294.
- REPASS, D. (1976): «Comment: Political methodologies in disarray: some alternative interpretations of the 1972 election», *American Political Science Review*, 70 (3), págs. 814-831.
- ROSENBERG, S. (1988): *Reason, Ideology and Politics*, Cambridge, Polity Press.
- SANI, G., y SARTORI, G. (1980): «Polarización, fragmentación y competición en democracias occidentales», *Revista del Departamento de Derecho Político de la UNED*, 7, págs. 7-37.
- SARTORI, G. (1969): «Politics, ideology and belief systems», *American Political Science Review*, 63 (2), págs. 72-83.
- SHAPIRO, M. (1969): «Rational political man: a synthesis of economic and social-psychological perspectives», *American Political Science Review*, 63 (4), págs. 1106-1119.

- SIMON, H. A. (1985): «Human nature in politics: the dialogue of psychology with political science», *American Political Science Review*, 79 (2), págs. 293-304.
- SMITH, E. (1980): «The levels of conceptualization: false measures of ideological sophistication», *American Political Science Review*, 74, págs. 685-697.
- SMITH, T. W. (1984): «Nonattitudes: a review and evaluation», en C. TURNER y E. MARTIN (eds.): *Surveying subjective phenomena*, vol. 2, Nueva York, Russell Foundation, págs. 215-255.
- SNIDERMAN, P., y TETLOCK, P. (1986): «Interrelationship of political ideology and public opinion», en M. HERMANN: *Political Psychology. Contemporary problems and issues*, págs. 62-96.
- SNIDERMAN, P. M.; HAGEN, M.; TETLOCK, P. E., y BRADY, H. E. (1986): «Reasoning chains: causal models of policy reasoning in mass publics», *British Journal of Political Science*, 16, págs. 405-430.